

## López Obrador, el populista engañoso

**Por: Jorge Zepeda Patterson. elpais. 19/06/2019**

A López Obrador es más fácil amarlo u odiarlo que intentar comprenderlo. La derecha lo detesta y los sectores ilustrados lo desprecian, la izquierda moderna le tiene desconfianza y los mandatarios de la mayor parte de los países no saben qué pensar de él. Para muchos mexicanos, la mayoría según encuestas, el presidente es un redentor del cambio, para otros un reventador de instituciones. A seis meses de haber llegado al poder sus palabras y acciones han recrudecido la polarización que provocaba como candidato.

En la práctica, lo que estamos viendo en realidad es un presidente, cargado él mismo de claroscuros, metido en una tarea que a ratos parecería imposible: desmontar los privilegios y excesos en un país que los tiene tan arraigados y propiciar una transferencia a los sectores empobrecidos, sin provocar inestabilidad económica y financiera. Sus tesis son consideradas de un populismo trasnochado de izquierda, pero buena parte de sus estrategias económicas y de finanzas públicas son impecablemente neoliberales. La austeridad en el gasto público, el control de la inflación y del endeudamiento gubernamental y la disminución de la burocracia son medidas que suscribirían los más ortodoxos del FMI. Se habla del autoritarismo de López Obrador y el riesgo que supone un Gobierno intolerante. Pero al mismo tiempo se le critica por su pasividad para utilizar el uso de la fuerza, que ha llevado, incluso, a un rosario de excesos en contra de militares por parte de pobladores.

A ratos un estadista humanitario, a ratos un líder voluntarista y pendenciero con poder; días en que parecería envolverse en la retórica poco realista, y otros días en los que actúa con responsabilidad intachable inmersa en la real politik (la negociación con Trump, por ejemplo, que podría prestarse a las mil maravillas para envolverse en el discurso nacionalista de cara a la calle, fue conducida con un ojo permanente en los mercados y cadenas productivas).

Esta ambigüedad que arrojan las lecturas del Gobierno de López Obrador obedecen, a mi juicio, a tres factores. Por una parte, las contradicciones que provoca intentar un cambio de régimen a contrapelo de las élites, lo cual supone a ratos oponerse a ellas y a ratos negociar y conciliar. Quizá no siempre lo hace con el

tacto necesario, pero está convencido de que la mejor estrategia es una mezcla de invites y recriminaciones. Un día establece lazos de sangre con un importante inversionista internacional que lo visita o con un grupo de empresarios de élite; al día siguiente sacude el avispero del mundo de los negocios con una punzada aparentemente innecesaria. Muchas de las incongruencias que observamos tienen que ver justamente con el terreno ignoto en el que las intenciones de cambio se están moviendo. López Obrador da dos pasos adelante y uno atrás, ensayo y error, propio de alguien que abre camino entre selvas y obstáculos.

Un segundo factor tiene que ver con su propia idiosincrasia. El hombre, este hombre, es su circunstancia: poco viajado por el mundo pero un visitante asiduo del México profundo, con visiones y lenguaje que conectan con el mundo rural y urbano marginal, aunque desajustado para comunicar con las élites económicas e intelectuales. Convicciones muy firmes, revestidas por lecturas de historia y política reducidas pero profundamente arraigadas. Un opositor cuya trayectoria estuvo marcada por las infamias de lo que llama la mafia en el poder. A ratos un presidente que sabe lo que quiere y tiene confianza en lo que está haciendo, a ratos un dirigente que asume que toda oposición y crítica forma parte de la confabulación y mala leche de sus enemigos de siempre (que, por supuesto, existen). Por la mañana propone una tesis que suscribiría un estadista de inspiración humanista, por la tarde lanza un exabrupto, voluntarista y atropellado, en contra de calificadoras internacionales que no coinciden con sus apreciaciones, convencido de que hay un juego oculto contra su Gobierno. En suma, días en que todos los mexicanos están incluidos en el país que nos propone y jornadas en las que solo caben los pobres y los que piensan como él.

Y un tercer factor tiene que ver, en efecto, con sus detractores de buena y mala fe. Aquellos que están decididos a impedir cualquier cambio que afecte sus intereses y privilegios y aquellos que están preocupados por los excesos que deriven del poder que ha acumulado el presidente y su desdén por las instituciones de la democracia burguesa en su afán de empoderar a los pobres. En la práctica, la visión polarizada del Gobierno de la 4T es resultado, también aunque no exclusivamente, de este tercer factor: todo lo que hace y dice es calificado y difundido como una muestra adicional de incapacidad o perversidad.

Son los riesgos, me parece, de un presidente que ha llegado al poder por el voto de los muchos que quisieron que las cosas se hicieran diferente, aunque seamos incapaces de ponernos de acuerdo en el cómo.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ.](#)

Fotografía: aciprensa

**Fecha de creación**

2019/06/19